

Salvamento

El periodista la miraba con una sonrisa beatífica, perruna, el tipo de sonrisas agradecidas que ponen los periodistas cuando algún suceso como aquél les obliga a abandonar por un rato las

–¿Qué se siente? –preguntó, arrellanándose en su asiento de la limusina y deslizando un momento la vista hacia la pequeña libreta donde apuntaba las preguntas y las respuestas .
¿Qué se siente al salvar la vida a alguien?

Iria lo miró con cansancio. Por preguntas como aquellas había tratado de dar esquinazo a los periodistas. Casi lo logró, evitó todas las entrevistas hasta entonces, pero el tipo que telefoneó del periódico no habló con ella, sino con su madre, que nada más colgar fue sonriente a su cuarto crema y ceniza para decirle, transmutada en felicidad, que unos señores muy simpáticos de un diario de prestigio querían escribir más sobre ella, sobre lo que

Qué se siente.

–Nada –dijo, volviendo la vista al río de luz fría de la ciudad, al otro lado del cristal tintado–. No se siente nada.

Era verdad, y no lo era. Claro que se sentían cosas, pero eso al periodista no le importaba, pues no era lo que él estaba buscando, no era lo que él redactaba mentalmente en su cabeza, anticipo del perfil que ocuparía las páginas centrales (y la portada: de las fotos de esta noche saldría la portada) del suplemento dominical. Pero claro que había sentido algo, miles de cosas.

Había sentido frío. Había sentido cansancio, mucho cansancio. Y, sobre todo, por encima del sordo rumor del mar helado, del tirón brutal de la marea y del rugir de su corazón asfixiado, había sentido que iba a morir allí, de la forma más estúpida.

Hay algo en la conciencia que trata a la muerte siempre como un problema ajeno, como mecanismo de protección, como seguro contra el terror; ella había sentido como esa barricada contra el miedo saltaba en pedazos, barrida por la furia de la brisa del mar.

En realidad, aquella barricada ya no tenía sentido. Nada lo tenía.

Víctor.

Atardecía, el sol se deslizaba cansado hacia el horizonte cuajado de nubes de aspecto ardiente y aliento helado, el mar presentaba ese aspecto gris y melancólico de finales de octubre, el malecón quedaba casi desierto ahora que Víctor se alejaba, con las manos en los bolsillos y la conciencia tranquila tras, al fin, haberle confesado que no la quería, que era imposible para él aguantar las largas esperas cuando ella tenía que partir a alguna competición absurda en algún mar perdido (el mar, siempre el mar, siempre el mismo mar, siempre perdido). Iria sabía que Víctor tenía una amante desde hacía cosa de dos años, pero fingiendo ignorarlo logró que todo pareciera ir bien si no se pensaba demasiado en ello, si no se interrogaban las ausencias (ni los aromas desconocidos, ni las sonrisas que no eran para

ella, ni ese brillo en los ojos), si no se insistía en arañar con la uña la frágil capa de barniz que lo cubría todo. Hasta aquella tarde en que a Víctor le dio por sincerarse (al día siguiente, la de aquella ignorada amante, y él también tendría que ser ignorado). Y el mar, a sus pies, latía con su retumbar profundo, ensimismado y demoledor, confesor sordo, consejero mudo: qué más daba todo.

Pensó muchas tonterías aquella tarde, hablando por dentro con el mar; pensó que era una lástima que fuese nadadora de largas distancias, que tal vez de no serlo pudiese hacer lo que, en el fondo, querría hacer con el recuerdo de Víctor: arrojarse al mar, dejarse tragar por exactamente un dolor (¿cómo podría serlo?) en el corazón, pero se empeñaba en parecerlo. Y la idea le dio risa, y una carcajada triste se le escapó, ruidosa y confiada. Miró alrededor, buscando algún testigo de su ataque de histeria, y diez metros a su derecha, trepaba con movimientos lentos y torpes a la barandilla y plof, se tiraba al mar. Se descalzó, saltó tras él.

¿Qué se siente? Cuando remolcas a alguien que tal vez ya esté muerto hacia tierra (o lo intentas, porque la marea parece decidida a llevaros a los dos con ella), ¿qué se siente?

Primero que la barandilla está helada, que el viento zumba cruel en tus oídos según caes al mar. Luego sientes el agua, fría y afilada como puñales. Que respiras espuma, que no hay rastro del suicida. Bajo el agua, que existe un mundo helado, una realidad aparte, hecha de hielo líquido y silencios roncós, de corrientes traicioneras y fuego en los pulmones. Que al fin ves una mano que asir, de un blanco irreal entre tanto azul y gris y negro. Que esa carga que arrastras (el suicida, el recuerdo) te está matando, que da igual, que la vida es estúpida. Que no hay razones para seguir tratando de alcanzar la orilla. Y precisamente por eso, seguir braceando y pataleando como nunca jamás había hecho, en toda su vida de nadadora olímpica en decadencia.

Ya nadando el universo tomó una forma que ella ya conocía de las frías travesías en solitario; se redujo a su mínima expresión, una burbuja pequeña e infinita de agua gris, un cuerpo inerte y ella, enfrentada al todo, que venía a ser ella misma, en un duelo de trapecistas borrachos de sal y de vértigo resbaladizo. Y, en el lugar de la red, la muerte, el descanso, el calor, el olvido. Otras veces también había nadado al borde de la extenuación, pero la soledad absoluta era menos dolorosa que aquella compartida con aquel cuerpo de trapo, y la consciencia de la existencia de una meta (toalla, descanso, rincón caliente, Víctor) limitaba aquella nada que ahora, en cambio, se extendía más allá de la playa gris que d cuando en cuando, se desbordaba por todos los rincones de su pasado y, sobre todo, de su futuro.

“Deliraba”, tal vez, debió responder. Escupiendo agua y arrastrando su carga por la playa sucia, alejándolo del mar, omnipresente amigo que gracia de olvido despreciada, sin ser consciente de las sirenas que habían llegado a la playa alertadas por un paseante, un hombre de mirada culpable y rostro hermoso, un hombre de sonrisa triste y manos huidizas que la memoria reconoció sorprendida como Víctor.

Y, lo que no dijo al día siguiente ningún periódico, ella, manchada de arena, de espuma y de lágrimas, justo antes de desmayarse, sin soltar al suicida: “tú, hijo de puta...” Los gris de la realidad manche sus páginas milagreras.

Era una pregunta realmente estúpida.

–Sí –dijo–. Era un suicida.

Y la cara de absoluta bondad del periodista se nubla por un instante al cruzarse por un momento la crueldad de lo real en su historia perfecta. Pero aquello dura apenas un segundo, sonrío de nuevo, no se mencionará el suicidio. Todo fue un accidente. Naturalmente, como debe ser en una historia perfecta. La limusina gira y entra en el jardín de los Rivera, enorme como un aeropuerto internacional. El coche se detiene frente a las líneas de fotógrafos, lanzan salvas y gastan carretes al compás del vértigo que siente Iria. Camina rápidamente hacia la casa, buscando refugio, pero el interior de la casa también está tomado por fotógrafos, además de por políticos, gente de la jet y sirvientes que pasean con bandejas repletas de copas. En los ojos vidriosos que la miran intuye los reflejos de la cocaína, en las sonrisas la habilidad rutinaria de años de práctica. Ella también se parapeta tras una sonrisa que le queda grande.

–El señor Rivera –advierde el periodista, junto a ella, señalando con el mentón a un hombre de pelo blanco y caminar orgulloso que se abre paso hacia ella, ayudado por dos tipos vestidos de gris y con auriculares en una oreja.

–¿Iria? –pregunta él (otra pregunta estúpida), y para histeria de los fotógrafos la abraza y la besa en las mejillas, un beso reptiliano, frío y áspero. Sus brazos le pesan, colgados alrededor de ella, y no puede evitar acordarse del hijo tirando de ella hacia las algas y el olvido.

–Hola –dice ella, apartándose, como quien tiene que decir algo en una pesadilla.

Y el señor Rivera comienza a hablar (“Gracias a Dios”...), anclándose a su brazo y remolcándola por la fiesta, de corro en corro.

Risas.

Voces.

Preguntas.

Copas.

Y al fondo, Víctor, siempre mirándola, siempre con un vodka en la mano y una sonrisa estúpida.

Una eternidad más tarde logra dar esquinazo a todo el mundo con la excusa de buscar un baño. No le cuesta mucho trabajo ignorar unas instrucciones que no ha entendido y se pierde arrastrando los pies por salas que, en aquella oscuridad de las lejanías de la fiesta, se teñían del mismo color que las profundidades del mar, aquella tarde. Se sienta en el borde de una silla y respira hondo varias veces, tratando de apartar un mareo y una náusea que nada tienen que ver con las dos copas que ha bebido.

Pasos junto a ella.

–Hola –dice una voz, junto a ella, una voz joven y cansada. Mira, y tarda en reconocer al suicida.

–Hola –saluda, maquinalmente. Él coge otra silla, la arrastra junto a la de ella, se sienta.

–Es curioso, nadie nos ha presentado –dice, sacando un cigarro, ofreciéndola uno que ella rechaza sin mirarle–. Es la primera vez que te oigo hablar. En persona, claro. Te oí por la

Iria suspira.

–También pusieron reportajes, de cuando ganaste aquella medalla. Imágenes tuyas. Nadando –hace una pausa para respirar, para acomodarse en la silla –. Supongo que tuve mucha suerte.

Ella tarda un rato en mirarle. Hace frío en aquella sala, pero el frío resulta agradable e la opresiva fiesta, al otro lado de miles de puertas y pasillos, pocos metros más

–Sí –continúa él–. Saltar al mar al lado de una nadadora olímpica...

Iria abre la boca para decir algo, pero vuelve a cerrarla rápidamente.

–Cinco veces –dice él, exhalando una triste nube de humo.

–¿Cinco veces qué?

–Que es la quinta vez que trato de... bueno, ya sabes. Supongo que es la quinta vez que tuve mucha suerte.

Ella lo mira. Él ríe, antes de continuar.

–No hablas mucho, ¿verdad?

–No.

Él vuelve a reír, ella finalmente sonrío, pero sus ojos parecen cristal oscuro.

–Claro, no vas a preguntarme por qué lo hice... bueno, por qué lo intenté, cinco veces.

Ella se levanta y siente un escalofrío. Es el mar, que llama.

–¿Oye, puedes conseguirme un taxi?

Él fuma en silencio, clavándole una mirada de asombro. Jamás nadie le habló así.

–Claro. O no. Mejor. Puedo acercarte yo, estoy sobrio y la fiesta es...

Comienza a caminar por uno de los pasillos en penumbra, sin dar la luz. Ella espera un instante antes de seguirle por la casa a oscuras hasta un garaje enorme donde una hilera de coches afilados y brillantes parecen esperar inquietos. Él va contándole que la penúltima vez, a base de pastillas, le dejó el estómago destrozado y que desde entonces no puede beber.

–Hay algo absurdo en cuidarse la salud, con tanto intento de suicidio –reflexiona, cogiendo como al azar unas llaves de un casillero repleto–, ¿no crees?

–Espero que no se te ocurra estrellarte con el coche mientras me llevas –dice ella, y él la mira, atónito, y ella se ríe.

–Diablos –acierta a reír, sintiendo sorprendido sobre sus labios una sonrisa que no sabía que pudiese llegar a esbozar.

Sus labios.

Los de ella.

Eco de pasos en el garaje. Y Víctor, mirando nervioso a su alrededor, lejos, cada vez más lejos.

David Ruiz, 2002